



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



5 de enero de 1889



Núm. 62



UNA NIÑA CARITATIVA

UN RATO DE CHARLA

EL año que ha comenzado ya lleva un apellido histórico, muy sonado: *Ochenta y nueve.*

Trátase, pues, de doce meses de muchas campanillas, de muchas pretensiones. Veremos en qué pararán, sin embargo; lo cual no sabremos hasta el día de San Silvestre por la noche.

Como el oficio de profeta anda bastante desacreditado, no me atreveré á hacer calendarios sobre lo que va á pasar, pero no por eso dejaré de insinuar algo sobre ciertas cosas que creo sucederán, para lo cual me bastará imitar á Perogrullo, sin la menor aspiración á pasar plaza de zahorí.

Habrà, pues, muchas vacaciones, muchas enfermedades infecciosas y muchos discursos.

Es posible que ocurran nuevas evaporaciones de millones, explicables por una hipotética propiedad física, que se descubrirá, inherente á los billetes de banco guardados dentro de arcas de hierro incombustibles.

Sufrirán bastante aumento las contribuciones, y durante el verano toda la gente de buen tono se irá á la Exposición Universal de París, mientras que gran número de gallegos, castellanos, catalanes, andaluces, vizcaínos y aragoneses se embarcarán para la América del Sur, no por miseria ni por verse puestos por el fisco de patitas á la calle, sino por gusto de viajar.

La renta de loterías y las corridas de toros seguirán siendo los más característicos emblemas de los sentimientos del noble pueblo español.

En el plazo, relativamente breve, de trescientos sesenta y cinco días, nacerán y morirán unos cuatrocientos setenta y ocho periódicos políticos, literarios, ilustrados, satíricos y bilingües.

El Sr. Vico representará con asombroso éxito dos ó tres dramas del señor Echegaray, de los que no volverá á hablarse más al cabo de un par de meses.

Si el Sr. D. Leopoldo Cano da algo á la escena, sabrá indudablemente algo mejor que á *Gloria*.

Todos, ó casi todos, los zapateros, mondongueros y chocolateros de España, harán constar en sus letreros y facturas que han obtenido medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona.

Tendrá efecto la celebración de la vista de la causa de la calle de Fuen-carral; y deseoso yo de contribuir por mi parte al feliz éxito de la defensa del Sr. Varela, encargada al Sr. D. Ignacio Rojo Arias, me permito con esta ocasión, desde el fondo de mi humildísima insignificancia, recomendar á este señor senador y letrado no vuelva á emplear el adjetivo *remarcable*, como recientemente ha hecho en un escrito, pues es un galicismo de los más feos que se perpetran.

Como de costumbre, se dirá que quedan definitivamente resueltos el mo-

vimiento continuo, la cuadratura del círculo, la dirección de los globos y la manera de pagar á los maestros lo que es suyo.

Seguirá aplicándose el epíteto de *bizarros* á los brigadieres y el de *celosos* á los concejales.

En el verano hará calor, y en todo el año abundarán extremadamente los melones.

Se formará el *quinto partido*, y quedarán partidos (por el eje) muchos quintos.

Se harán grandes empréstitos, públicos y privados; serán indultados muchos asesinos, y subirá el precio del pan.



El sapo y la rana

Continuará en el mismo estado que al presente el líquido intitulado descaradamente *vino*. Sin duda porque se fué.

Las aulas de leyes, medicina, ciencias, filosofía y letras, farmacia y notariado, recordarán por lo numerosas los *meetings* de Trafalgar-Square, de Londres.

Continuarán apareciendo en la *Gaceta de Madrid* anuncios de vacantes de plazas de médicos titulares, como la de Figueruela (Zaragoza), dotada con el haber anual de *cuarenta pesetas*, por mensualidades vencidas (un perro grande, *diario*, con un centimito encima) (1). No dice si se exige el título de doctor á los aspirantes.

Las calles del *ensanche* de Barcelona seguirán haciendo la competencia á la Tierra de Barros extremeña en otoño é invierno y á los arenales de Sahara en el verano.

El canal de Panamá se convertirá en el canal de jipijapa.

(1) Véase la *Gaceta de Madrid* de 19 diciembre 1888.

Probablemente volverá á morir se algún emperador con el consiguiente séquito de funerales, artículos de periódico y habladurías de guerra.

Cada maestrillo ó catedrático seguirá teniendo su librito, que expenderá muy carito, aunque sea muy malito.

Cada comiquito continuará al frente de su compañía, que hará unas zarzuelitas ó comeditas muy endeblitas y fastidiositas.

Los poetas nonicianos ó ageramorianos que se dediquen á balar *Idilios*, ó á tener ataques vertigiformes, ó á calcar pequeños poemas, serán (¡imposible parece!) más insufribles aún que sus antecesores.

Se publicarán ciento setenta y ocho obras sobre el 89, copiadas ó traducidas del francés.

Como en Francia ganará Boulanger, según parece, será fácil que por aquí nos salga alguien que quiera hacer como él, á pesar de los elocuentes discursos con que nuestros primeros oradores ú *horadores* (porque hablan por horas) combatirán al que llamarán *ambicioso César* ó bien *Napoleón de pega*, según su peculiar retórica.

Muchos que se burlan de Martínez Campos por no saber quién era Benjamín Constant, continuarán ignorando quién era, ó es, M. Constant (Benjamín.)

El día tantos de tal mes hará un año de lo de Río-Tinto, y otro día tantos, de otro mes, hará otro año de lo de Gamonal.

El Sr. Comelerán, que cometía el barbarismo de firmarse *Quintilius* en vez de *Quintilio*, como manda la gramática, será nombrado académico de la Lengua, con preferencia al Sr. Pérez Galdós. En cuanto al Sr. Sánchez Pérez, ni por pienso que se le ocurra á nadie hacerle ser de la Academia.

Habrà muchas crisis, y en cuanto á críticos sólo quedará uno que pese: Clarín.

Finalmente, ocurrirán gran número de irregularidades, embargos, inundaciones, *interviews*, banquetes, quiebras, proyectos de ley y terremotos.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO





El artista natural

EL PARAGUAS DE LAS DESDICHAS

MAMÁ,—dijo Alberto, niño de diez años;—si no me dejas el paraguas no podré ir á la escuela con mi hermanita Julia.

—Yo no tendría inconveniente,—contestó la madre,—si no fuera porque temo que el viento os arrastre á vosotros y al paraguas.

—Que será lo más fácil,—añadió el hermano mayor de Alberto, llamado Jacobo.

—No hay cuidado,—repuso el chico;—con el paraguas seremos fuertes.

—Bueno,—dijo la madre;—os lo dejaré, y veremos si me lo devolvéis entero; mas, antes de todo, sepamos si podrás abrirlo.

—¡Ya lo creo!—¡No faltaría más sino que un chico como yo no supiera hacer una cosa tan sencilla!—replicó Alberto abriendo el paraguas, aunque no sin algún trabajo.—Vamos, Julia: en marcha!

Aun no se habrían alejado los dos niños á unos treinta pasos de la casa, cuando el viento, que soplaba con fuerza, pareció ensañarse contra el paraguas, de tal modo que á duras penas pudo Alberto sujetarle en sus manos.

—Parece que mamá no tenía mucha confianza en nosotros,—dijo Alberto á su hermanita;—pero ya le demostraremos que no somos tan criaturas, y mi hermano Jacobo no tendrá motivo para burlarse de nosotros.

En aquel mismo instante una ráfaga de viento más fuerte que las anteriores

elevó el paraguas de tal manera que poco faltó para que Alberto perdiese pie.

—Ten cuidado,—dijo Julia,—porque, si no, me parece que nos vamos á quedar sin paraguas.

—Cógete á mí y no temas,—contestó el chico,—y así seremos más fuertes que el viento.

La niña se agarró con toda su fuerza; mas, á pesar de esto, el paraguas seguía tambaleándose de un lado á otro, y hubiérase dicho que se esforzaba para escaparse de las manos que le retenían.

—¡Muchachos!—gritó el mancebo de una tienda, acercándose á los niños y sujetando el paraguas al ver que Alberto estaba á punto de caerse.—Más



El paraguas de las desdichas

vale que le llevéis cerrado, pues de lo contrario pareceme que vais á elevaros hasta las nubes como con un globo.

—No puede ser,—contestó Alberto,—porque vamos á la escuela y no queremos mojarnos.

—Pues yo creí que ibais á la luna,—repuso el otro;—y si no queréis hacer tan largo viaje, os aconsejo que mantengáis el paraguas al viento, sobre todo al doblar las esquinas.

Los niños continuaron su marcha, y á los pocos pasos otra ráfaga de viento estuvo á punto de arrancar el paraguas de las manos de Alberto. El mancebo de la tienda, que los vigilaba aún, corrió para sujetarlo de nuevo, y dijo al chico cómo debía llevarlo.

—Yo creo,—murmuró Julia,—que no tienes fuerza suficiente para llevar eso, y casi sería mejor mojarnos.

—No seas tonta,—contestó el hermano;—ya verás cómo al fin puedo yo más y tengo suficiente fuerza para sujetar este armatoste.

—Pues vamos adelante,—repuso Julia.

Al doblar una esquina tropezaron con un muchacho, á quien por poco hacen caer.

—¡Torpe!—gritó el agraviado.—Si me descuido me sacas un ojo. Si no sabes llevar el paraguas, déjalo en tu casa.

A decir verdad, los niños no eran culpables, pues como iban con la cabeza inclinada, no veían á los que pasaban á su alrededor; y por desgracia no debían acabar con esto sus percances.

Llegados á una calle bastante estrecha, el paraguas de Alberto se enganchó en el miriñaque de una señora que, al volverse rápidamente, tropezó con un chico que llevaba una bandeja con carne. Esta se cayó en medio del barro, y un perro, que echó á correr después de coger un pedazo, enredóse entre las piernas de un caballero, haciéndole caer de bruces.

Al ver todo aquel desorden, acudió un agente de policía; y viendo que la causa de todo era el paraguas de los niños, amonestóles severamente para que tuviesen más cuidado.

—Sois una pareja peligrosa,—les dijo,—y me parece que todavía no llegaréis á casa sin cometer algún desacierto.



El paraguas de las desdichas

—¿Qué quiere V. decir?—repuso el niño queriendo echárselas de hombre.

—Que si vuestro paraguas tuviese en la extremidad un puñal, ya habríais hecho correr la sangre de alguno. Vamos, proseguid vuestro camino y mirad por donde vais.

A los pocos pasos, el dichoso paraguas, arrancado, por el viento, de las ma-

nos del chico, cayó al suelo, saltando dos de las varillas. Alberto lo recogió; y mientras trataba de arreglar el desperfecto, como el aire soplabá en sentido contrario, volvió el paraguas al revés, mientras que el gorro de la niña volaba también como una pluma.

—¡Ahora sí que la hemos hecho buena!—exclamó Alberto, esforzándose por retener el paraguas, que se le escapaba de las manos.

—¡Oh!—exclamó á su vez la niña.—¡El viento se lleva mi gorro! ¡Dios mío! ¡Cómo nos reñirá mamá! ¿Qué haremos ahora?

—Será preciso ir á la escuela, —contestó Alberto después de tratar en vano de reunir las varillas del paraguas y de recoger el gorro de su hermana;—porque, si no, Jacobo se burlará de nosotros; pero



El paraguas de las desdichas

el caso es que no sé cómo arreglar las varillas.

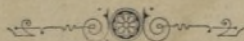
Cuando los dos niños discutían este punto, oyeron resonar una carcajada detrás de ellos, y al volver la cabeza vieron á su hermano mayor, que, después de arreglar el desperfecto como mejor pudo, condujo á los niños á la escuela, no sin reirse mucho á costa suya por el ridículo papel que habían hecho, lo cual resintió en gran manera el amor propio del chico.

—Supongo,—dijole Jacobo,—que la lección te será provechosa para no empeñarte otra vez en llevar paraguas como un hombre cuando ni siquiera puedes sostenerle.

Alberto se calló, comprendiendo que su hermano tenía razón.

—¡Ah, mamá!—exclamó Julia cuando llegaron á casa.—Te aseguro que el paraguas ha naufragado por completo y que yo renuncio á llevarlo otra vez.

—Más vale que haya pagado el paraguas que no vosotros; y esto os enseñará que no se debe correr cuando aun no se sabe andar.



LA LUZ

Es el único puente que hay entre el cielo y la tierra, el verdadero lazo que nos pone en comunicación con los otros mundos. Ella es la que despliega entre los resplandores de la aurora los más suaves matices de oro y azul, la que despierta dulcemente á la naturaleza dormida y sucesivamente derrama la fecundidad de sus fuegos sobre la vida universal, la que viste á la



El paraguas de las desdichas

gentil primavera su trasparente túnica, la que distribuye en el estío sus dorados surcos, da al otoño sus frutos bronceados, y al invierno su virginal manto de nieve. Ella da á la rosa su corola perfumada, al aire de los trópicos su rizado plumaje, al oceano las maravillosas transparencias de sus aguas.

La luz es la que envuelve en diamantina aureola al mundo entero, la que el niño busca desde su cuna como la planta silenciosa que reclama el día, y hacia ella, por último, vuelve sus ojos el caduco anciano cuando descende al sepulcro. Si el manantial de la luz terrestre suspendiera su curso, la extinción del sol ocasionaría muy pronto la ruina de la tierra y de los otros mundos, y pronto también la vida inmensa y populosa caería como la yerba al

filo de la hoz, y el sistema del mundo giraría silencioso y muerto entre las sombras de la eterna noche.

Ya en otro número os dije que la luz se descompone en siete colores: violeta, índigo, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo, y que la descomposición de estos colores proviene de su diferencia de refrangibilidad. El color de los objetos no es inherente á ellos: depende del rayo de luz que cae sobre dichos objetos y del cual sólo reflejan una parte. Ved, por ejemplo, una pradera cubierta de verdor: nosotros aseguramos que es verde, y, sin embargo, no hay nada de esto: aquel prado posee todos los colores excepto el verde, puesto que éste es el que nos envía, quedándose con todos los demás.

La luz produce asimismo acciones mecánicas sensibles. Si se colocan dos pedazos del mismo paño y del mismo tamaño, pero de diferente color, sobre hielo expuesto al sol, el hielo se derretirá más pronto bajo el paño de color más oscuro. Colocado el hielo en una balanza de donde pudiera escurrirse el agua, el platillo oscuro subiría y bajaría el blanco. Pero es difícil separar la acción de la luz de la del calor. Si se expone una hoja de papel nitrado bajo un vidrio rojo y bajo un vidrio azul á la acción de los rayos solares, la parte colocada bajo el vidrio azul se ennegrecerá en cinco minutos, y la del vidrio rojo tardará hora y media.

Podría exponeros otros ejemplos: sin embargo, como su comprensión no os sería tan fácil, desisto de hacerlo en obsequio vuestro, ya que explicaros lo que por vuestros pocos años todavía no podéis comprender, en vez de despejar vuestra inteligencia sólo conseguiría acumular en ella estorbos, dificultando la marcha natural que vuestros conocimientos deben seguir en su desenvolvimiento.

BENJAMÍN





Las vacaciones

NOCHE DE ANIMAS

Del desierto campo santo,
vi, en el rincón más oscuro,
de rodillas junto al muro
do á su madre se enterró,
un niño triste y medroso
que entre sombras funerarias
así el triste sus plegarias
á los Cielos levantó:

—¡Oh, madre adorada,
por siempre perdida!
¡Oh, madre querida,
que más no veré!
Contigo se fueron
también de mi alma
la dicha, la calma,
la gloria que amé!—

Y en tanto que el niño clamaba y gemía,
más ronca plaña
la triste campana con fúnebre son;
el cierzo silbaba chirriando en las puertas
que estaban abiertas,
y el cielo cubría luctuoso crespón.

—¡Oh, madre! Tus brazos,
tus brazos extiende,
y amante defiende
mi alma de horror;

que aquí me combaten
con furia y denuedo
los fríos, el miedo
y el triste pavor...—

Las nubes en tanto, fantasmas formando,
cruzaban volando
llevadas en alas del recio huracán,
y á intervalos cortos con tristes gemido
venían perdidos
en lúgubres ecos los din... don... din... dan...

—¡Oh, madre! Si me oyes,
mi vida desata;
al cielo arrebatá
contigo mi ser.
Y allí ¡madre mía!
se acabe el quebranto,
y el duelo, y el llanto
que me haces verter.—

Callóse... Al instante clamó:—¡Madre mía!—
La fosa vacía
más roncós y largos sus ecos volvió;
y el niño, aterido, salióse, y medroso
siguió tembloroso
camino del pueblo: después... no se oyó.

EZEQUIEL SOLANA

UN RASGO DE VALENTIA

EN la plaza de Estella (Navarra) se veían de pie y por el suelo varias compañías de soldados, sin duda reposando de las fatigas de aquel día. Habían tenido, dos horas antes, un encuentro con una partida carlista (pues habéis de saber que mi narración pasaba en la guerra carlista del año 1873), en la que habían tenido los últimos bastantes bajas.

En un corrillo formado por soldados, se hallaba conversando con ellos un muchacho como de unos once años, el cual tenía un botijo de agua, la que vendía á los soldados para ayudar á ganar el sustento á su pobre madre, que sólo podía trabajar sentada, pues era baldada.

Hallábanse conversando, cuando de pronto el penetrante sonido del cornetín dejó oír un toque á llamada.



Las vacaciones

Todos los soldados corrieron á sus puestos, quedándose el niño en la plaza, sin apercibirse de que por una de las calles que desembocaban en la plaza avanzaban varias partidas de voluntarios de don Carlos.

Los soldados, como contaban con mucha menos gente que los carlistas, no tuvieron más remedio que apelar á la fuga.

Mientras tanto el niño se había apercibido de lo que pasaba, refugiándose en un carro que á la sazón se hallaba en la plaza.

Los carlistas siguieron avanzando hasta llegar á la plaza, donde se detuvieron.



Después de conversar en voz baja, dos de los que parecían ir al mando ordenaron que llamasen varios carlistas en las puertas de las casas para pedir alojamiento.

El pobre niño estaba atemorizado. Pensaba que si le descubrían serían capaces de matarle y no podría ya vender más agua para llevar á su madre un pequeño jornal.

Salieron de entre las filas dos carlistas, y fueron á llamar á una casa de pobre apariencia.

—¡Dios mío!—dijo el niño al ver llamar en la puerta.—¡Pobre madre mía! ¿Qué va á ser de ella si entran esos hombres?

La puerta permanecía cerrada, á lo cual los soldados volvieron á llamar, obteniendo el mismo resultado.

Entonces el que los gobernaba dijo con tono guasón:—Poned un petardo en la puerta: veréis qué pronto salen estas gentes.

Los soldados obedecieron en seguida á su superior, poniendo un petardo por la parte adentro de la puerta.

Prendieron el cebete y echaron á correr, alejándose de aquel sitio.

Entonces el niño, con una sangre fría y un arrojo que me sería difícil describir, salió de su escondrijo, y, cogiendo con las manos la encendida mecha, la tiró fuera de sí.

Todos los presentes quedaron asombrados al ver el valor del niño; y, preguntado que fué por los carlistas que con qué derecho había hecho aquello, contestó:

—Con el de salvar á mi madre; porque yo creo que si vosotros vieseis á vuestra madre en semejante peligro, no la dejaríais morir de esa manera.

Al escuchar al muchacho, todos los carlistas querían abrazarle, jurándole que jamás harían daño á su pobre madre.

El niño se marchó á su casa, donde contó á su madre lo que había sucedido, la cual le colmó de besos y de caricias.

Procurad, queridos niños, imitar á tan valeroso niño, y Dios quiera que no nos veamos en tan horribles instantes.

L. C.

Guadalajara, 5 de abril de 1888.



* NUESTROS GRABADOS *

UNA NIÑA CARITATIVA

Petronila no contaba más que ocho años, pero distinguíase ya por sus sentimientos generosos y caritativos. Cierta día trabó conocimiento con una niña de la vecindad, llamada María, cuya madre, viuda y con hijos, sufría grandes apuros. Una tarde fué á visitarla, y encontróla llorando, porque su madre estaba enferma y no tenía de comer. Al saber esto, Petronila corrió á su casa, refirió á su madre lo que pasaba, obtuvo de ella algunos comestibles y volvió á casa de la pobre mujer para ofrecérselos. La enferma le dió gracias con lágrimas de agradecimiento, ensalzando su noble acción, que fué elogiada por todos.

EL SAPO Y LA RANA

La niña Engracia vive en el campo, y es tan aficionada á los animales que dispensa su protección á todos cuantos puede.

A la puerta de su casa hay un agujero bastante grande, y allí habitan ¡quién lo diría! un sapo y una rana. Se han familiarizado de tal modo con la presencia de la niña, que salen de su escondrijo cuando oyen que se acerca, pues saben que siempre les da alguna cosa de comer. Lo que más les gusta son las lombrices, y Engracia escarba todos los días la tierra del jardín á fin de coger algunas para el sapo y la rana.

EL ARTISTA NATURAL

Yo conozco un singular artista que trabaja durante las horas más frías de la noche y haciendo maravillas que los niños pueden admirar al día siguiente. Todo lo pinta de blanco: las montañas, los bosques, los árboles y las plantas, las casas, los tejados, los puentes y la campiña entera. La luna es la lámpara que le presta luz, sus lienzos son las ventanas y balcones, su brocha es el copo de nieve, y el artista es el hielo.

LAS VACACIONES

Juanito es un buen muchacho y bastante aplicado, pero cuando está de vacaciones da mucho que hacer en su casa. La última vez reunió en ella á todos sus amiguitos para jugar, y lo primero que se propusieron fué formar una tienda de campaña, á cuyo fin cogieron el paraguas del papá y un pañuelo grande de la mamá; pero esto no les divertía, y bajaron al jardín. Juanito y un amigo suyo treparon á un árbol frutal, y sin duda lo hubieron destrozado si el papá no se lo hubiese impedido intimándoles que bajaran al punto.

Buscando otra diversión, los dos chicos se fueron á pescar; y cuando más entretenidos estaban, Luisito cayó al agua, que afortunadamente no tenía la suficiente profundidad para que nadie se ahogase; pero el chico se manchó toda la ropa de cieno y hubo de volver á su casa para limpiarse.

Estos y otros percances hicieron comprender á Juanito que las vacaciones serían mejores si él fuese un poco más juicioso, y prometió á sus padres serlo en lo futuro para que no tuvieran de él queja.

EL NIÑO Y LA ARDILLA

Ricardo tiene una hermosa ardilla, y la quiere tanto que por ella deja de jugar con los demás niños, prefiriendo entretenerse con el gracioso animal, que, correspondiendo al cariño de su joven amo, le sigue por todas partes, salta sobre su hombro y hace mil monadas. Ricardo tiene otros animales: un perro, un gato, conejos y pollos; pero no los aprecia tanto, y no daría su ardilla aunque se la pagasen á peso de oro.





LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

Ese, sin embargo, formaba excepción á la regla, porque trasportaba fardos destinados al rey de Baviera. Y, sin embargo, tardó un día, una noche y la mitad de otro día en recorrer el trayecto que los otros trenes ganaban en una mañana. En Rosenheim la estufa de Nuremberg y Augusto fueron sacados del vagón con mil precauciones; pero á pesar de todo este cuidado Augusto se vió en apuros para no gritar, porque las paredes de la estufa no estaban forradas de blando terciopelo. Los hombres refunfuñaban y votaban, porque encontraban muy pesada la estufa, y, sin embargo, nadie cayó en la cuenta de que aquella gran balumba no estaba vacía. Llevando la una al otro, Augusto y la estufa fueron depositados bajo el tinglado de las mercancías. Allí pasaron el resto de la noche y la madrugada siguiente.

Los vientos invernales soplaban un frío agrio sobre Rosenheim, y la vasta llanura de Baviera no era sino una inmensa alfombra de nieve. Felizmente para Augusto, la estufa estaba bien envuelta en una capa de paja y heno, pues á no ser por eso se hubiese muerto de frío. Todavía le quedaba un poco de pan y un menudo pedacito de salchichón; pero comenzaba á tener sed. Felizmente para él, la estufa había sido embalada con el rótulo de: *Frágil y precioso*. El jefe de estación, que sabía su deber, resolvió hacerla partir en un tren que se detenía en Rosenheim en las primeras horas de la mañana. La estufa fué embarcada con infinitas precauciones.

Al cabo de un tiempo que le pareció muy largo, Augusto oyó gritar:—¡Munich! ¡Munich!—Sabía lo bastante de geografía para comprender que se encontraba en el corazón de la Baviera. Augusto detestaba el solo nombre de esta nación, porque uno de sus tíos había sido muerto por los carabineros bávaros por haber pasado la frontera, sin echarlo de ver, yendo en persecución de un oso negro cuya pista había perdido.

Otra vez se sintió Augusto llevado en hombros de un faquín, sin saber á dónde iba. Comenzaba á sufrir cruelmente de sed. ¡Ah! ¡Si hubiese tenido solamente á su disposición un puñado de nieve!

La estufa, colocada en un bayarte, hizo todavía mucho camino, hasta que por fin fué depositada en la plaza de Marion en el almacén de antigüedades de un tal Hans Rhilfer.

—No lo desembalaré antes de que llegue Antón,—dijo una voz hombruna. Rechinó una llave en una cerradura.

Por el silencio que reinaba comprendió Augusto que estaba solo, y se aventuró á mirar á través del heno y de la paja. Encontrábase en un aposento cuadrado lleno de cacharros y de cacerolas, de cuadros, de esculturas, de viejas tinajas azules, de viejas armaduras de acero, de broqueles, de puñales, de ídolos chinoscos, de porcelanas de Viena, de alfombras turcas; en una palabra, de todos los objetos que hay que esperar naturalmente en la tienda de un mer-

cader de baratillo. Augusto pensaba que, por de momento, la menor gota de agua le hubiese venido mejor. No había agua en la tienda, pero había una ventana protegida por barrotes de hierro. Esta ventana tenía un gran reborde de piedra cubierta de nieve. Dió un vistazo hacia la puerta, y después, saliendo de su escondrijó, abrió la ventana y engulló sucesivamente muchos puñados de nieve. En seguida entró de nuevo en la estufa, arregló con cuidado las cuerdas, la paja y el heno, y encerróse dentro de la puerta de cobre. Había tomado la precaución de llevarse algunos gordos témpanos consigo y los hizo derretir en su boca, con la cual su sed quedó aplacada, á lo menos de momento. Había recobrado el valor.

El recuerdo de Dorotea le ocasionaba, en ciertos momentos, remordimientos bastante vivos. Pero decía para sí:—Si consigo tan solamente



El niño y la ardilla

volverle á traer Hirschvögel, ¡qué contenta estará! ¡cómo batirá palmas Gildita!—No era egoísta en su amor á Hirschvögel: si deseaba volverlo á ver, era tanto por los otros como por él.

En el momento que había abierto la ventana, había distinguido un verdejo encaramado en un canalón de piedra esculpido en el alero de una casa. Había escudriñado en sus faltriqueras y le había echado al pajarillo las migajas de su pan.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.